

EL HORIZONTE DE LA CIENCIA Y EL PARADIGMA DE LA MODERNIDAD

*Henningsen P.**

Desde hace algunos meses, el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, en especial su Departamento de Energía, ha hecho revelaciones de gran impacto: durante varias décadas, desde la segunda guerra mundial hasta el presente, científicos, instituciones médicas, universidades prestigiosas y empresas privadas han utilizado de manera indebida la energía nuclear y sus fuentes, con posible y aparente complicidad de instancias públicas. Estas revelaciones, divulgadas por los medios de comunicación, hablan de exposición experimental a materiales radioactivos de seres humanos, entre ellos personas discapacitadas y mujeres embarazadas, sin consentimiento previo de ninguna especie por parte de los(as) afectados(as). Todo esto con el único propósito de conocer los efectos de la exposición a la radioactividad en personas sanas. También ha circulado la noticia de que plantas de procesamiento de material radioactivo han contaminado fuentes de agua potable durante décadas, a sabiendas de que los habitantes de esas regiones la consumían y sin alertarlos acerca de estas circunstancias. Así mismo se habla de incumplimiento sistemático de las medidas de seguridad en dichos lugares¹.

Las verdaderas implicaciones de este asunto, en lo que respecta a pérdidas de vidas humanas, son todavía desconocidas, como desconocido es también el alcance real de todo el escándalo.

En lo que acabo de mencionar hay algunos hechos sorprendentes: sorprendente es que, apenas finalizada la segunda guerra mundial, en una de las naciones victoriosas, se practicara asiduamente aquello que esa misma nación, con toda razón y justicia, denunciara en el proceso de Nuremberg como crímenes de guerra: la utilización de la ciencia como instrumento para degradar a seres humanos. El argumento de que la experimentación en personas, en la Alemania nazi de los campos de exterminio y de los Estados Unidos de la posguerra, es de dimensiones incomparables, sería mera expresión de cinismo: se trata de los mismos hechos.

Sorprendente es también que todo este asunto, que ve la luz gracias a la valentía del Presidente de los Estados Unidos y su Secretaría de Energía, ocupe un lugar de importancia subordinada en la agenda pública norteamericana, opacado por el caso Whitewater. Igual suerte corre el importantísimo programa de salud pública. Es imposible no intuir, en esas circunstancias, la acción de intereses contrarios a la verdad y al bienestar general.

Como ustedes comprenderán, no es mi intención comentar, aquí y ahora, la actual coyuntura política norteamericana. Mi intención se dirige hacia otros objetivos.

Dentro de la comunidad científica y académica, pero también dentro de la opinión pública, quizá no exista un mito de más profundas raíces y más resistente a su deconstrucción, que el de la neutralidad de la ciencia y del desinterés del conocimiento. La fórmula defensiva de este mito es la que separa hechos y decisiones. Expresado en pocas palabras, asunto de la ciencia es el descubrimiento de hechos, su iluminación teórica y la derivación de recomendaciones técnicas; pero la ciencia no puede ofrecer respuestas a preguntas prácticas, a aquellas que tienen que ver con la convivencia ética entre los seres humanos. Dicho de otra manera y con extrema concisión, según estos postulados, las hipótesis científicas contienen enunciados que pueden ser empíricamente falsos o verdaderos, mientras

* Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Costa Rica.

¹ Fuente: CNN Presents: America's Nuclear Shame. 13.3.1994.

que los enunciados, con los que aceptamos o rechazamos normas sociales, no pueden ser empíricamente ni falsos ni verdaderos. La separación de hechos y decisiones reduce el conocimiento científicamente válido a las ciencias estrictamente empíricas y excluye del horizonte de la ciencia las preguntas relevantes para la práctica vital. Consecuencia de lo dicho es que, merced a la cientificación del mundo, la relación entre teoría y praxis se impone como aplicación, con arreglo a fines, de técnicas validadas empíricamente para ejercer influencia sobre la naturaleza y administrar a las personas y sus interacciones, según los principios de la organización social. Dentro del contexto de la ciencia, la pregunta sobre el deber se torna huérfana y la intención de iluminar a la praxis por medio de la teoría se vuelve apócrifa².

Con el ánimo de ilustrar lo que bien podríamos denominar "desfallecimiento del deber" o "desmayo la ética" dentro de la ciencia, me permitiré citar un ejemplo proveniente de mi propia disciplina, la psicología. Quizá sea en las ciencias del comportamiento donde se encuentren los casos más elocuentes de disposición técnica sobre las personas.

En 1951, en la prestigiosa universidad canadiense de McGill, el afamado psicólogo Donald O. Hebb inició sus investigaciones sobre privación sensorial. Este tema se convirtió rápidamente en una de las áreas de investigación más privilegiadas durante los siguientes veinte años, de manera que hacia 1969 se habían publicado ya alrededor de 1.300 trabajos científicos sobre privación sensorial y aislamiento social. Los "fascinantes" resultados de estos experimentos han llegado a ser muy conocidos, razón por la que los menciono sucintamente: alucinaciones complejas, trastornos del pensamiento y de los sentidos, mayor manipulabilidad por medio de propaganda. El propio Donald O. Hebb declaró que lo que le interesaba era el problema del "lavado de cerebro"³.

Es harto conocido que las investigaciones sobre privación sensorial fueron patrocinadas por el servicio secreto y encontraron una exhaustiva competente aplicación en las y cámaras de tortura de Chile, Turquía, Argentina, Checoslovaquia, Grecia, etc., etc., etc...

En su correspondencia con Albert Einstein, Sigmund Freud expuso la idea que la integración de una comunidad (se refiere a naciones) es posible gracias la acción de dos factores: "la fuerza e la violencia y las vinculaciones afectivas entre sus miembros...". En estos dos factores, barruntaba Freud una relación negativa: si aumenta la violencia, disminuye la identificación entre los miembros de una comunidad. Las vinculaciones efectivas son posibilitadas por la referencia a un ideal, compartido y reconocido por todos y todas en los aspectos básicos. Freud concluye, sus reflexiones con la lapidaria sentencia: "En nuestra época, no existe idea alguna a la que pudiésemos atribuir autoridad unificadora".

La tesis freudiana acerca de la relación negativa entre violencia y vinculaciones efectivas tiene hoy una interesante actualidad. A ella podemos enlazar, sin solución de continuidad, las reflexiones de Jürgen Habermas, pero también de muchos otros autores, sobre la modernidad.

Con la Ilustración, la fuerza integradora de la religión y la tradición cedió su lugar a un tipo de razón que paulatinamente asumiría, desde entonces, funciones normativas. Es la razón con arreglo a fines. Si seguimos a Habermas a pie Puntillas, el proceso de racionalización, ya descrito por Max Weber, desgarrar los mundos de vida compartidos intersubjetivamente; desgarrar aquello que Freud denominaba "vinculaciones afectivas", las que han de ser condición de posibilidad de la integración social.

Habermas menciona dos centros de rotación de la cohesión social: por un lado, la integración sistemática que

2 La clásica disputa sobre el positivismo en la sociología alemana contiene una amplia discusión de estos temas.

3 Cf. Jungfer, Eberhard: "Die Zerstörung der Persönlichkeit". Verhaltenstherapie & Psychosoziale Praxis", 1,1982.

acontece por vía de mecanismos de control, tales como el poder y el dinero; por otro lado, la razón, comunicativo, referente a mundos de vida comunes, los cuales contienen tradiciones, reglas sociales y ritualizaciones: la participación en ellas y la socialización por ellas han de garantizarle a las personas su identidad individual, social y cultural. El proceso de la modernidad, en virtud de la absolutización de la idea unilateral de la razón y de las contradicciones del progreso, implica también un proceso de racionalización del mundo social de la vida, el cual es paulatinamente devorado por la racionalidad con arreglo a fines. Ejemplos de todo ello serían el "desencantamiento" de contenidos efectivos y cognitivos, la penetración racional de las interacciones cotidianas, la cientificación de las relaciones interpersonales, la instrumentalización del conocimiento científico, etc. En suma, por un lado, la racionalización libera fuerzas emancipadoras, al hacer cuestionable la autoridad de la tradición, pero, por otro lado, constituye a la vez un proceso de destrucción de contextos vitales.

No cabe duda entonces que la tendencia al desacoplamiento de todos los modelos vitales, transmitidos por la tradición, demanda un enorme potencial innovador, el cual, sin embargo, no puede ya encontrar cumplimiento pleno en la nostalgia por la reconstitución de una comunidad idílica. Creo que esto es cierto de cara al sorprendente entusiasmo por los nacionalismos que observamos perplejos renacer en Europa. El concepto de "identidad nacional" parece perder así irremediabilmente todas sus connotaciones ingenuas, aunque, por otro lado, es también fuente de potencial solidaridad entre los integrantes de una nación. Pero tampoco parece aconsejable la indiferencia posmoderna ante lo fundamental, la cual expresa un desamparo intemporal ante la instauración del mercado como único sujeto actuante, en cuya engañosa neutralidad se cree encontrar una universalidad imperecedera.

Ahora bien, las ciencias sociales son también herederas de una tradición que proviene, en realidad, de la gran filosofía clásica. De conformidad con esa tradición, las ciencias sociales se nutren de una relación entre teoría y práctica que pretende iluminar las posibilidades de una vida 'auténtica', buena y correcta, en el marco de una convivencia ciudadana animada por el logro del bien común. Ya en los primeros filósofos sociales del siglo XVIII, la teoría social se dirigía a comprender históricamente el ordenamiento de la sociedad: las leyes sociales y las estructuras del poder no son hechos naturales, inmodificables, sino fenómenos contingentes del estado actual de la evolución social. En el siglo XIX las ciencias sociales se nutren de la crítica filosófica, de la experiencia emancipadora proveniente de la comprensión de las condiciones de poder, cuya objetividad se asienta sólo en la apariencia de su impenetrabilidad.

De cara al curso actual del mundo, las funciones críticas de las ciencias sociales habitan en lo que le es a ellas más tradicional. Quizá sea una ironía de la historia que las ciencias sociales puedan ser todavía Góticas, pero sólo en la medida en que sean conservadoras de esa tradición. Por crítica entiendo la reflexión sobre el contexto de surgimiento de las categorías conceptuales, de los procedimientos investigativos y de los objetivos cognoscitivos de las ciencias sociales, así como la anticipación autorreflexiva de los posibles nexos de aplicación y utilización pragmáticas de esos resultados, de manera que pueda realizarse un proceso logrado de esclarecimiento de los(as) afectados(as) por la dinámica sociohistórica.

Para finalizar, permítanme hacer una comunicación personal. Al pensar sobre las palabras que pronunciarla en esta ocasión, me encontré ante dos opciones: hacer una reconstrucción histórica de la Facultad de Ciencias Sociales, resaltar sus logros indudables y sus limitaciones inevitables, reconocer las contribuciones individuales y colectivas, agradecer los esfuerzos y los sacrificios de muchos y muchas. La otra opción era reflexionar brevemente sobre asuntos que creo fundamentales, dentro de las limitaciones que me imponen mis procesos de aprendizaje. Me decidí por esta

segunda, por ofrecer a ustedes las anteriores ideas, guiado así por la creencia que al proceder de esta manera, honraría más profundamente y con mayor respeto a una comunidad académica, por cuyos integrantes -docentes, estudiantes y personal administrativo-, experimento a la vez admiración y gratitud.